

ESCENA X

SACRIS, solo; después NATIKA, SOR SIMONA. Pausa. Se oscurece la escena. Oyéense campanas próximas y lejanas tocando á oraciones.

SACRIS

(Con recogimiento, se pone en pie y se descubre.)
La oración. (Reza á media voz. Intenso rumor de rezos en el cuartón y en los patios. Pausa. Aparece por la puerta de la derecha Natika, con su cesta al brazo, y se vuelve hacia dentro.)

NATIKA

Entre, señora. (Entra Sor Simona, tranquila y risueña. Trae en la mano un ramo de flores; avanza lentamente, reconociendo con atenta mirada el lugar donde se encuentra. Al pasar junto á Sacris, le dice Natika con voz imperiosa:) Sacris, arrodíllate... Es la santa. (Tras un instante de estupor, Sacris se arrodilla y se santigua. Continúan las dos mujeres hacia la izquierda. Ya cerca de la puerta, dice Natika:) Aquí están los herios; entre, señora. (Sor Simona entra delante y Natika detrás.)

Telón lento.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN

Ayuntamiento de Dicastillo, donde está instalado un hospital provisional. La escena representa la modesta estancia donde mora Sor Simona, que asiste á los enfermos de dicho hospital. En el centro una cama humilde. En las paredes estampas de vírgenes y santos. Puertas al fondo y á la izquierda. A la derecha una ventana, y frente á ésta una mesita.

ESCENA PRIMERA

NATIKA, MIGUELA, mendiga riojana, menos vieja que Natika; SAMPEDRO, viejo castellano. Las dos primeras están sentadas en el suelo, zurciendo ropa. El viejo entra y sale varias veces durante la escena.

NATIKA

Dite, Miguela: ¿acabas ó qué?

MIGUELA

¡Otra!, prisa ya me doy, pero no tengo los ojos que tú.

NATIKA

Estos mis ojos, la señora santa me los ilumina para que pueda repasar la ropica de ella pues.

MIGUELA

¿Lávasla tú, Natika?

NATIKA

Con sus manos santas lávala ella misma. ¿Lo dudas, ó qué?

MIGUELA

Verdad será, pues tú lo dices.

NATIKA

Dende que estamos en Dicastillo, antes que amanezca baja al río la señora: enjabona, lava, aclara con ligereza por demás y gracia. Yo voy con ella, y en cuantico viene al hospital, yo tendiendo la ropa me quedo.

MIGUELA

Pa mí que la señora y tú, santicas seis las dos.

NATIKA

Quita ahí; santa ella sola.

MIGUELA

(Dando una pieza ya repasada.) Esto está ya: dame otra. (Entra Sampedro por el fondo, con un delantal azul en la mano.)

NATIKA

¿Qué traes?

SAMPEDRO

La señora me manda con este delantal para que le echéis una pieza y le cosáis las cintas.

NATIKA

Dame.

MIGUELA

Siéntate, Sampedrico, que paice que estás cansao.

SAMPEDRO

Sí que lo estoy. (Se sienta.) Del hospital á la alcaldía, de la alcaldía al hospital, luego á la calle, después al cementerio.

NATIKA

Dite, Sampedro: ¿encontraste flores?

SAMPEDRO

Sí, que las traje: luego bajé á la cocina y calenté la plancha para que planchara su ropa en el hospital.

NATIKA

Y hoy, ¿tiene mucho trabajo la señora en el hospital?

SAMPEDRO

No falta que hacer. Hemos amortajado á un sargento que se murió esta madrugada.

MIGUELA

El Señor le dé lo que más le convenga.

NATIKA

(Después de rezar en silencio.) Y aluego, Sampedro, ¿aónde vas?

SAMPEDRO

Adonde me mande la señora: puede que

quiera ir á las aldeas próximas, y tal vez vaya al cementerio ó á otro lugar donde haya flores.

MIGUELA

Me pienso que la señora no debe andar por estos caminos, porque se expone á ser atropellada por salteadores y vagabundos.

NATIKA

La señora santísima ningún peligro corre pues, porque la custodian tres arcángeles á caballo que á corta distancia síguenla detrás aondequiera que vaiga.

MIGUELA

Otra, ¿arcángeles has dicho?

NATIKA

Sampedro: salte fuera y mira si andan por ahí los tres arcángeles custodios de la santa nuestra.

SAMPEDRO

Voy á ver. (Vase por la izquierda.)

NATIKA

¿Por mentira lo tienes, ó qué?

MIGUELA

Yo he visto por ahí tres señores á caballo. Arcángeles no.

NATIKA

Digote yo, Miguela, que arcángeles son efectivos, pero toman la vestidura de personas terrenales para que la gente no se alborote y puedan ellos ir por acá ó por allá sin que nadie los estorbe.

MIGUELA

(Con cierta socarronería.) ¡Ah, sí! Ayer los vide yo, y parecióme que uno de esos ha tomado la figura carnal del médico don Mariano Clavijo.

SAMPEDRO

(Entrando.) Ahí, están los tres arcángeles; por cierto que uno de ellos tiene la traza pintiparada del mismísimo don Salvador Ulibarri, el gran médico de La Guardia.

NATIKA

Vosotros, ciegos del espíritu, no veis más que las aparencias que ellos mismos se dan por la cuenta que les tiene. (Con acento solemne.) Yo vos digo que son dos arcángeles y un apóstol. El que monta el caballo blanco, es Santiago apóstol.

SAMPEDRO

Yo veo en el del caballo blanco á don Salvador Ulibarri.

NATIKA

Tú ves visiones, buen Sampedro: el del caballo blanco es el apóstol Santiago, y los otros dos arcángeles: San Gabriel y San Miguel. (Levántase, y con gran enojo les dice:) Si tuviérades fe como yo la tengo, veríades la verdad; pero los ojos vuestros telarañas tienen.

ESCENA II

LOS MISMOS.—SACRIS, que entra por la izquierda.

SACRIS

¿Qué hacéis aquí?

NATIKA

Ya lo ves: hemos repasao la ropa de la señora y estamos esperando á que venga para...

SACRIS

Idos al hospital, donde está la señora bastante atareada con los enfermos.

MIGUELA

Vamos, Natika. (Los tres se dirigen á la puerta.)

SACRIS

(Deteniendo al viejo.) Tú, Sampedro, quédate; tengo que hablar contigo. (Vanse las viejas.)

ESCENA III

SACRIS, SAMPEDRO

SAMPEDRO

¿Qué me quieres?

SACRIS

Oye. Sor Simona me inspira un respeto profundo, casi supersticioso... Hay momen-

tos en que llego á creerla criatura sobrenatural.

SAMPEDRO

Lo mismo me pasa á mí. Cuando la miro se me encandilan los ojos; paréceme que veo su cabeza coronada de luces...

SACRIS

Sí, sí..., como las cabezas de los santos. (Bajando la voz.) Pues verás. He hablado con los tres caballeros que andan por aquí custodiándola con sigilo á distancia.

SAMPEDRO

Ya, ya. Esos que Natika llama los dos arcángeles y el apóstol Santiago.

SACRIS

Precisamente, el apóstol Santiago, en la figura corpórea de don Salvador Ulibarri, me ha dicho...

SAMPEDRO

(Secreteando.) También á mí me dijo...

SACRIS

¿Qué...?

SAMPEDRO

Yo no hice caso; dilo tú. A mí me da mucho miedo andar en conversaciones con arcángeles, apóstoles y señoras en olor de santidad..., porque yo me malicio que detrás de estas figuraciones suele andar el demonio...

SACRIS

(Vivamente, tapándole la boca.) Cállate; aquí no hay demonios.

SAMPEDRO

Pues dime tú lo que hablaste con el del caballo blanco, don Salvador Ulibarri.

SACRIS

Los tres me dijeron que preparáramos el ánimo de Sor Simona para que consintiese en dejarse llevar por ellos á Logroño, donde está la comunidad.

SAMPEDRO

Eso mismo me dijo á mí el señor Clavijo;

pero yo no me atrevo... Eso tú, Sacris, que tienes más autoridad y más...

SACRIS

Pues yo, hablando con franqueza, digo y sostengo que no debemos consentir que esos señores se la lleven; la santa es nuestra, es un don del cielo concedido á la causa que defendemos, es...

SAMPEDRO

(Oyendo pasos en el fondo.) Espérate. Alguien viene... Es ella. (Abrese la puerta del foro. Aparece Sor Simona, tranquila, risueña, con el completo atavío de Hermana de la Caridad. Detiéndose un instante en el marco de la puerta. La actriz cuidará de dar á la figura toda la idealidad que la caracteriza.)

ESCENA IV

LOS MISMOS.—SOR SIMONA, que avanza despacio hasta la silla; se sienta, saca su labor de media y trabaja. Sacris y Sampedro se inclinan respetuosamente, silenciosos.

SOR SIMONA

No esperaba encontrarte aquí, Sacris; esta mañana, si no estoy trascordada, me dijiste

que hoy, antes de las once, saldrías con tu gente para Tafalla.

SACRIS

Esa orden tenía; pero Gaztelu, que acaba de llegar con el tercero y el quinto de Navarra, me ha traído nueva orden: que me incorpore á él...

SOR SIMONA

Ya siento llegar las tropas de ese Gaztelu.

SACRIS

Entiendo que mañana nos reuniremos con Pérula para marchar hacia Montesquinza.

SOR SIMONA

(Con amargura.) Y adelante con la matanza. Sin daros cuenta de ello, reproducís los delirios guerreros de los veaumonteses y agramonteses, ofendiendo al Dios que lleváis inscrito en vuestra bandera.

SACRIS

Señora: con el respeto debido diré á usted que nos batimos por Dios, y vamos á la pelea entonando himnos religiosos...

SOR SIMONA

Ya los oigo, y oyéndolos veo correr la sangre humana. Navarra es un país armonioso y trágico: el país de la música y el país de las guerras; desde que Dios hizo esta tierra, los hombres cantan como ángeles y se despedazan como demonios.

SACRIS

Señora: yo soy músico, yo estudié para cura y sé latín; yo empuñé la espada para defender el fuero de mi patria y el fuero de mi rey, y espero que si perezco en la batalla Dios me acogerá en su seno.

SOR SIMONA

Al seno de Dios, amigo Sacris, se llega por las buenas obras.

SACRIS

(Confuso.) Pero las buenas obras entiendo yo que...

SAMPEDRO

No disputes, Sacris, porque la señora sabe más que tú y que yo y que todo el mundo;

lo que dice la señora es que no debemos matar á nadie. (Sor Simona sonríe, asintiendo á lo que dice Sampedro.)

SACRIS

No debemos matar, es cierto; pero si un liberal viene á matarme á mí, antes que muera yo, muera él. Y lo mato diciendo: *Exaudi Domine et discerne causam meam de gente non sancta.*

SOR SIMONA

¡Matar, matar!... Vosotros creéis que vivís en un siglo que llamáis XIX, ó no sé qué. Yo digo que vivimos en la Edad Media; grandiosa y terrible edad... Guerra, santidad, poesía... Hijos míos: como criaturas nacidas en la edad trágica y bella, purificad vuestras almas; mantened siempre limpias vuestras conciencias; socorred al pobre; haced bien á todo ser viviente, sin excluir á los que os aborrecen; perdonad toda ofensa; sea vuestra ley el amor, el amor en todo lugar y en toda ocasión..., y quien dice el amor dice la paz.

SACRIS

(Con violencia.) Pero ¿dónde está esa paz? La

señora lo ha dicho antes: desde que Dios hizo á Navarra no ha habido paz en este suelo. Si nos provocan, tenemos que defender la patria.

SAMPEDRO

Eso digo yo: defender la patria.

SOR SIMONA

¿Sabéis vosotros cuál es la verdadera, la única patria? Pues la verdadera y única patria es la humanidad.

SACRIS

Pero la humanidad es tan grande, tan grande, que...

SOR SIMONA

Busca la humanidad en lo pequeño, en lo que está más cerca de ti; en la masa enorme de los humildes, de los desvalidos; en los que no tienen alimentos, ni ropa, ni hogar.

SAMPEDRO

Eso, eso. Toma ejemplo de la señora, que no quiere vivir en las ciudades, que se pasa la vida de aldea en aldea, asistiendo á los en-

fermos. Ahí la tienes afanada en hacer unas medias para la pobre Natika, que anda descalza.

SOR SIMONA

(Riendo.) Sacris, no hagas caso de este pobre Sampedro, que si ve bien las cosas pequeñas, no sabe reunir las y sumarlas para verlas en grande.

SACRIS

Según eso, yo debo buscar la paz en el amor, en las virtudes mundanas, en el socorro de éstos y aquéllos menesterosos, para llegar al culto de la patria grande, que es la humanidad.

SOR SIMONA

(Riendo.) Amigo Sacris: te he confundido, te he trastornado al querer ilustrarte. De las dos primeras palabras de tu lema, Dios y patria, ya te he dicho mi parecer. Falta decirte lo que pienso del rey. Pues el rey eres tú, el hombre; y quien dice el hombre, dice la mujer, el ser humano, que practicando la ley del amor se hace dueño del mundo. (Sacris, contemplándola alelado, parece no entender lo que oye.) Pobre Sacris. No entiendes, ¿eh? Practi-

ca la ley de amor, la ley de humanidad, y lo entenderás.

SACRIS

(En el colmo de la confusión.) Yo, yo... diré que...

SAMPEDRO

Tonto, admite la idea aunque no la entiendas. (Entran bruscamente Natika y Miguela.)

ESCENA V

LOS MISMOS.—NATIKA, MIGUELA

NATIKA

Señora. (Se arrodilla junto á Sor Simona, y examina la labor de media.)

MIGUELA

Señora: ha llegado el sexto de Navarra con cuatro prisioneros espías.

NATIKA

¡Ay, cómo adelanta!

SOR SIMONA

(Apartando su atención de Natika y atendiendo á Miguela.) ¿Qué dices, Miguela?

MIGUELA

Cuatro espías: tres hombrachos y un estudiantico de Vitoria.

SOR SIMONA

¿Qué?

NATIKA

(Permaneciendo de rodillas junto á Sor Simona.) Tres hombres y un muchacho, ataos codo con codo.

MIGUELA

Un mozalbete guapico, que también es espía.

SOR SIMONA

¿De pocos años?

MIGUELA

De quince años ó más.

NATIKA

Y también diez y ocho. Estudiante de Vitoria dicen que es.

SOR SIMONA

(Dejando la labor.) ¿Estudiante de Vitoria? Dame más señas.

MIGUELA

Viene el pobrecico ensangrentao y hecho una lástima de la paliza que le han dao.

SACRIS

Eso no es nuevo, señora. Anteayer, viniendo hacia acá con Pérula, sorprendimos escondidos en un matorral tres estudiantes de Vitoria: fuimos á ellos; tratamos de cogerlos; pescamos á dos, y el tercero se nos escapó corriendo por los campos como una liebre; le hicimos fuego, pero no cayó. Estos estudiantes de Vitoria son muy traviosos; andan con los liberales, que los utilizan para llevar á los suyos órdenes reservadas. A los dos que cogimos se les encontraron entre las ropas pruebas de su espionaje. Pérula los sometió